

Mombyry che tapỹigui

Reneé Ferrer de Arréllaga

María Silvia Calvo

María Teresa Encina

Maybell Lebrón

Susana Oviedo

Aníbal Romero Sanabria

Rudi Torga y Ana Shupman

Coordinación Técnica:
Tina Alvarenga

CRIADAS

HASTA CUANDO...



GLOBAL...
INFANCIA

DE LA ASOCIACIÓN
GLOBAL

ficha técnica

Coordinación Técnica:	Tina Alvarenga
Entrevistadores/as:	Miguel Angel Alarcón Mirna Rojas Tina Alvarenga Lucy Coronel
Colaboraron:	Marta Benítez Rosa María Ortiz Johanna Walder María Silvia Calvo Ana María Imizcoz
Corrección/Edición:	Mariela González. GLOBAL...Infancia
Diseño Gráfico:	Sabrina Acuña y Marta Giménez
Fotografías:	Ultima Hora, Manuel Glauser, Bruno Ferreiro, Rosa María Ortiz y Archivo de GLOBAL...Infancia
Impresión:	DIMAGRAF

Primera Edición:

Impreso en Asunción, Paraguay - Octubre, 2000

Segunda Edición:

Impreso en Asunción, Paraguay - Marzo, 2002

Tercera Edición:

Impreso en Asunción, Paraguay - Octubre, 2012

Este material ha sido elaborado y publicado gracias a la cooperación de Save The Children - UK ,ACDI y al Programa Conjunto Oportunidades de las Naciones Unidas y el gobierno nacional.

© GLOBAL Infancia 2000/2012

agradecimientos

Global Infancia agradece y reconoce a:

Los ex criados y ex criadas que generosamente han participado en las entrevistas dando todo de sí, al exponer sus experiencias, vivencias y sentimientos con el propósito de que sirva a los niños y niñas que hoy se encuentran en esta situación.

Los escritores y escritoras que con su sensibilidad y habilidad han captado en profundidad las notas que hacen de cada historia un viaje conmovedor al mundo íntimo de los ex criados y criadas:

- Renéé Ferrer de Arréllaga
- María Teresa Encina
- Susana Oviedo
- Rudi Torga y Ana Shuppmann
- María Silvia Calvo
- Maybell Lebrón
- Aníbal Romero Sanabria

Las Consejeras y Consejeros de las CODENI y otras personas de los municipios de Ciudad del Este, Yby Yaú, Pilar, Guarambaré, Itauguá, Lambaré y Asunción que han apoyado en la búsqueda de los entrevistados/as.

Save The Children UK y ACIDI (Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional) por su apoyo para la elaboración y publicación de este material.

Al Programa Conjunto Oportunidades de las Naciones Unidas y el gobierno nacional por su apoyo para la impresión de la tercera edición de este material.

Clyde Soto y Cristina Olazar que nos acompañaron, al inicio, con precisiones y conceptualizaciones necesarias para este trabajo.

Los amigos y amigas que con su escucha activa, sugerencias, recomendaciones nos apoyaron a lo largo de esta aventura.

prólogo

“Dormía sola, con un lucerito...”. “ Subía a un baúl y desde allí miraba por una ventana a las estrellas...”. “Sabía que un día todo esto terminaría...”. Las estrellas, el tiempo con su paso inexorable y una cierta idea concebida de Dios y su justicia fueron aliados de las criadas cuyas vidas se reflejan en este libro. Era en la soledad de las largas noches cuando estas figuras silenciosas les brindaban tenue compañía, una fuerza última, la esperanza al fin que les sostenía para continuar resistiendo, un día tras otro.

Las historias de este libro, relatadas paciente y amablemente por protagonistas hoy adultas, nos señalan el momento en que como sociedad y como Estado debemos repensar el criadazgo, institución que tiene vigencia hace cientos de años en nuestro país. En ella, niños y niñas crecen en familias ajenas que los acogen, sustituyendo a sus padres en sus cuidados y responsabilidades, mediante acuerdos basados principalmente en la confianza. Como contrapartida, los criados y criadas realizan trabajos domésticos. Nadie controla ni exige el cumplimiento del compromiso asumido por los adultos. Continuas denuncias nos advierten que el sistema del criadazgo aprovecha la difícil situación familiar de los/as niños/as, y su indefensión, para lucrar con ellos. El criadazgo es una medida que priva a los/as niños/as de sus

familias con carácter permanente, hasta que los mismos se hacen mayores o hasta que logran terminar la escuela.

Los diversos relatos reiteran el dolor del momento de la separación de sus padres y hermanos y la desilusión al comprender que en realidad la nueva familia no los acoge como hijos e hijas (como sus padres, quizás como expresión de sus propios deseos, les dijeron). Deben servir incondicionalmente a los hijos de los patrones, con responsabilidades laborales que casi siempre les sobrepasan. Las historias hablan del trato despectivo y discriminatorio que va horadando aspectos preciosos de sus personas, principalmente su autoestima, al crecer vivenciando relaciones inhumanas e indignas, privados de comprensión y respeto hacia su condición de niños/as y alejados de sus únicas fuentes las de afecto que son sus familias.

La perspectiva de derechos instaurada por la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño señala directrices claras que pueden orientar nuestra mirada al criadazgo. Todo niño, toda niña tiene el derecho a crecer con su familia. El Estado y la sociedad deben apoyar a los padres para que puedan cumplir con su rol parental. Ante la imposibilidad de que permanezcan con su familia, el Estado proveerá familias

alternativas transitorias e intentará la reinserción familiar en la mayor brevedad. Si la reinserción no es lograda, el Estado buscará al niño o a la niña una familia de adopción. Se favorecerán siempre soluciones claras y permanentes para el niño. El punto de partida de cualquier consideración es el interés superior del niño.

Desde esta perspectiva se observa el criadazgo como una salida fácil del Estado, de la sociedad y de las familias intervinientes. Es una medida que no contempla el interés del niño, ni la responsabilidad de quienes deben garantizarlo.

Esta publicación desea evidenciar que el criadazgo pudo haber sido una respuesta de otros tiempos para resolver carencias sociales y familiares de la época, en base a relaciones de los padres con personas conocidas, cercanas y de confianza. Hoy las reglas de juego del criadazgo ya no funcionan -y hay que decirlo en voz alta- pues verdaderamente expone a niñas y niños a graves peligros contra su integridad física, psíquica y moral, como bien se podrá apreciar en esta lectura.

Si a lo largo de nuestra historia hemos sido capaces de terminar regímenes como la esclavitud, el cuñadazgo, las encomiendas, los mensú, es inexplicable que sigamos aceptando con amena complicidad la servidumbre que

6

enfrenta a tantas niñas y niños a un sistema esclavizante, exponiéndolos a todo tipo de abusos y explotación.

Esta publicación no es un libro de cuentos, ni una investigación propiamente dicha, sino un libro de divulgación y de reflexión, para romper la apatía social ante transgresiones permanentes de derechos humanos de los seres más vulnerables, que se repite sin gloria y con demasiadas penas. Estas historias interpelan: es insuficiente quedarse sensibilizados, también es preciso actuar positivamente contra el criadazgo. No hacer nada es permitir que todo siga igual. No se quede tranquilo. Haga usted su parte. Terminemos con el criadazgo.

Rosa María Ortiz

7



presentación

En América Latina, la explotación y el riesgo del trabajo doméstico que realizan las niñas, niños y jóvenes en hogares de terceros es un fenómeno poco conocido y por lo tanto, invisibilizado, lo que quizás explique la casi inexistencia de intervenciones para abordarlo. Los niños y niñas que realizan trabajos del hogar en viviendas distintas a las de su propia familia, se encuentran entre los más vulnerables y explotados entre todos los/as niños/as, y constituyen uno de los grupos más difíciles de proteger.

En Paraguay, la problemática reviste las mismas características que en otros países, con situaciones de frecuente violación a los derechos de la infancia no visualizadas por nuestra sociedad.

Global Infancia, desde su misión de divulgación y la aplicación efectiva de los Derechos de la Niña, el Niño y el Adolescente en Paraguay, se encuentra trabajando en programas y proyectos tendientes a la concretización de estos postulados.

8

Desde esta perspectiva en setiembre de 1999 participó, junto con representantes de Save The Children-UK, UNICEF, la Organización Internacional de Trabajadores (OIT), Confederaciones de Trabajadoras del Hogar, Organizaciones Gubernamentales y no Gubernamentales, de la “Reunión Técnica Niñez Trabajadora en el Hogar de Terceros” realizada en Lima, Perú, donde se reflexionó sobre esta modalidad de

trabajo infantil, a partir de un intercambio de información basado en experiencias de países como Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay.

La situación de la niñez trabajadora en general va en aumento: niños/as trabajadores/as en la calle, lustrabotas, canillitas, vendedores/as ambulantes..., se ven a diario realizando sus actividades en medio de una sociedad que manifiesta su preocupación a través de diferentes acciones. Mientras tanto en el interior de muchas casas se encuentran trabajando muchos niños y niñas “con familias que no son las suyas”, a cambio de vivienda, educación, alimentos, en condiciones desconocidas y sin nadie que se haga cargo de su situación especial; lo que aumenta su vulnerabilidad y su exposición a la discriminación, los malos tratos, la privación arbitraria de libertad, la falta de descanso, educación y recreación.

Aunque en Paraguay no son considerados como “trabajadoras/es”, las criadas y los criados forman parte de una forma de trabajo infantil, principalmente femenino.

La situación de pobreza y el hecho de depender de sus padres, y que ellos tengan la potestad de decidir “lo mejor para sus hijos”, hace que los/as niños/as queden librados/as a su suerte, en casas de las familias a las que han sido cedidos.

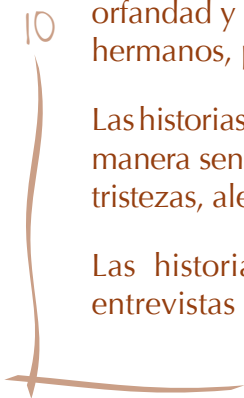
Según la publicación *Infancia y Adolescencia Trabajadora de Paraguay: Evolución 2001-2004 y análisis del módulo de la encuesta 2004, OIT*, existen en nuestro país 60.298 niños, niñas y adolescentes viviendo en situación de criadazgo.

La posibilidad de acceso a la educación y a un mejor pasar son los motivos principales por los cuales son entregados/as, y están sujetos al trabajo que realizan en las casas, sin que esto implique que reciban todo lo necesario para valerse por sí mismos o puedan insertarse más tarde al campo laboral con mejores posibilidades.

En este contexto se enmarca **“Mombry che tapyigui”** que pretende visibilizar las vivencias de quienes alguna vez fueron criaditos y criaditas. Esta expresión en guaraní es la que mejor refleja, según nuestros/as entrevistados/as, sus sentimientos de orfandad y nostalgia del lugar de origen, que incluyen padres, hermanos, parientes, amigos, su casa y su valle.

Las historias de vidas de excriadas y excriados permiten ilustrar de manera sencilla y profunda, los sentimientos, las percepciones, tristezas, alegrías e ilusiones de un sector que hasta hoy existen.

Las historias aquí contadas fueron recogidas a través de entrevistas en las que se buscó profundizar en cinco ejes:



familia (de origen y receptora), educación, recreación, religión y amigos. Así mismo, se tomaron en cuenta tres momentos: antes, durante y después de ser criados o criadas.

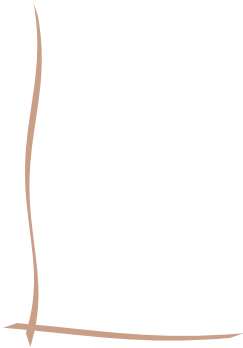
Fueron realizadas veinte entrevistas. La selección de los/as entrevistados/as se basó en un único requisito, el haber vivido durante su niñez con familias distintas a la suya, sin ser adoptados/as por las mismas. La muestra fue tomada al azar, a través de contactos personales con las Consejeras de las CODENIS (Consejerías Municipales por los Derechos del Niño, Niña y el Adolescente), y otras personas de lugares como: Pilar, Yby Yaú, Ciudad del Este, Guarambaré, Itauguá, Lambaré y Asunción. De las veinte entrevistas, dieciocho fueron hechas a mujeres y dos a varones; de éstas se tomaron nueve relatos. Con ellas se buscó mantener la variedad y la riqueza de las experiencias.

La colaboración solidaria de escritores y escritoras nacionales para darle forma literaria a los relatos, así como el apoyo de Save the Children-U.K.y ACDI en la primera edición y del Programa Conjunto Oportunidades de las Naciones Unidas y el gobierno nacional para la publicación de esta tercera, fueron de fundamental importancia.

Tina Alvarenga



12



índice

Como gelatina

Reneé Ferrer 15

Los peores para mi

Reneé Ferrer 23

Irma

Maybel Lebrón 29

El criado y el reloj

Anibal Romero Sanabria 37

Las vueltas que da la vida

María Teresa Encina M. de Miranda 45

Antonia

Maybell Lebrón 55

Mi hermano, un hijo

Susana Oviedo 63

Solo por unos segundos

María Silvia Calvo 73

Yo fui una criada

Rudi Torga - Sara Shupmann 81

Conclusión

93

13





RENEE FERRER

como
gelatina

como gelatina

Con sus treinta y dos años Marcela no recordaba cuándo empezó a sentir que por las venas en lugar de sangre le corría gelatina. La imagen que tenía de sí misma se fue haciendo cada vez más maleable con la atribución de la culpa que los demás adosaban a su terca esperanza de reunirse nuevamente con los hermanos, en aquel pueblo que se caía de la frontera; donde una vez fueron familia, hasta que la madre los abandonó empujada por el trino del deseo, las ausencias del marido o el mal disimulado desprecio de la parentela política.

Su padre, rollero, clasista y de buena posición, había salpicado su infancia con una presencia esporádica, antes

16



como gelatina

de ahogarse en las aguas turbulentas del Paraná al volcar la jangada de troncos que llevaba al Brasil para la venta. Nunca pudo olvidar los jilgueros que le traía del monte en el puño cerrado y la estela sonora que dejaban los pájaros al retomar el vuelo. En el instante de su fallecimiento arrancó la desdicha: la mudanza a la capital, la diáspora tras la mezquina caridad de los parientes, la reclusión con la tía soltera, desconociendo el roce de sus labios en la frente y la libertad de usar vestidos sin mangas.



La mujer que la recogió era fría e implacable. Cuando se puso de novia al avinagrado rigor de su carácter se sumaron unos celos posesivos, que Marcela atisbaba desde sus escasos años, por aquellos días todavía contaba con la fortaleza de la inocencia y la incapacidad de calcular el tiempo. Entonces no tenía la menor referencia a la gelatina, como no fuera la prohibición de meter la cucharita en la compotera.

Cuando le escuchó decir me tenés que pagar por lo que comés, las palabras se le clavaron en el asombro de los ojos desarmándole la lengua. El temblor alrededor del ombligo apareció mucho después, sin el gusto dulzón del postre deseado, ni el color transparente que le deleitaba la imaginación, pero compitiendo con las recriminaciones por

17



la desaparición de su madre, que había dejado semejante prole a la deriva.

Cuando su protectora se casó, ni los moretones en los brazos, ni los pedidos de clemencia al regresar de la escuela con retraso, o los sollozos abortados en la almohada, sacudieron la indiferencia de los vecinos, que cerraron los ojos con más fuerza contemplando satisfechos su propia discreción. Al desamor se sumó la cobardía que babea el poder. No era cosa de terminar en Investigaciones por meterse en la vida ajena, ahora que la mujer, tan orgullosa de sus influencias gubernamentales, contaba además con un marido en la Secreta.

Ni bien se desgañitaban los gallos el mate estaba pronto, lisa la arena del patio y planchada la camisa del señor. Sin embargo ni el trabajo, ni los cintarazos que le rompían al

18

piel, ni la humillación de comer sin permiso la atormentaban tanto como la soledad, la retinta soledad de una infancia sin caricias. Un frío extraño se mezcló con aquella laxitud a medida que avanzaba la vida y se distanciaban los recuerdos. Creo que fue entonces cuando Marcela perdió el don de la palabra, no porque se hubiera olvidado del lenguaje, sino por la evidente inutilidad de sus protestas. La impresión de ser una masa amorfa dentro de su cuerpo se agudizó



con las visitas del hermano, a quien le contaba con monosilábico entusiasmo que estaba muy bien, sí, sí, muy bien, porque si me descubriste vas a quedar sin dientes, chiquilina. Ella apretaba la boca preguntándose por qué Diosito esa mujer tenía que ser así de mala.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que el carácter de Marcela era firme como el yunque donde se remachaban los destinos.

Pero los golpes fueron aminorando su resistencia a medida que se le agrandaba el cuerpo. Cuando empezaron a despuntarle los pechitos, la patrona calculó que era mejor poner distancia entre esas tiernas protuberancias y su marido, de modo que decidió su traslado. Llegó engañada, como de paseo, y se quedó definitivamente para todo servicio,

cuidando además a un anciano que se orinaba como un recién nacido. Le tomó tiempo entender que no volverían a buscarla y que su vida transcurriría en adelante con aquellos extraños.



20 Fue bastante después de acostumbrarse al sonoro silencio de la noche sobre el hermetismo de su corazón cuando sintió unos labios húmedos refregándole las mejillas, la nuca y aquel pozo de vergüenza que de repente se abrió en ella. La familia entera había ido a descansar a Misiones, dejándola encargada de la casa. Cuando lo escuchó entrar ya estaba adentro, de salida del cuartel donde cumplía el servicio militar, y con apremios de varón en celo. No le contó a nadie, a pesar de que el muchacho volvió varias veces. Al poco tiempo se le notó la gordura. El talle se le fue ensanchando tanto como la determinación: se escaparía. A las insinuaciones socarronas de la gente se sumó el porte petulante del agresor, precipitando la huida.

La fuerza que el hijo restituyó a sus doce años se desmoronó de golpe con la muerte del pequeño, no bien dio los primeros pasos. Aquella masa gelatinosa, que hasta entonces no había pasado de ser una incierta incomodidad, la invadió por completo extendiendo los confines del desamparo.

Pero la idea de reunir a su familia no la abandonaba. Ni bien encontró a la hermana mayor, su felicidad se empañó al saber cómo se ganaba la vida. Te va a gustar fue todo lo que le dijo cuando la llevó. Las pupilas se rieron, pero la madama no, la vieja sabía reconocer de inmediato a las que no servían para la lujuria. O quizás pensó que el chorrito de gelatina que se le escurría por la comisura de los párpados impacientaría a los clientes.



Se fue lejos, volvió a emplearse, se acostumbró a dejarse manejar como si la vida no le perteneciera. Con su segunda hija en los brazos, Marcela sentía la presión de los demás sobre la arcilla de su resignación. Con todo lo que pasaste no servís para madre. Cómo vas a criar a tu criatura si ya se te murió un hijo que ni siquiera llegó a caminar solito. Mejor le das a quien pueda atenderla.

21



Cuando el Juez de Paz argumentó que la nena iba a vivir sin privaciones la convenció. No la veía seguido, ciertamente, pero la vida tiene sus compensaciones.

A medida que la niña crecía, sana y golosa, con aquella pareja a quien la entregó en guarda, Marcela fue recobrando la firmeza. Alguien que conoció en una tarde de verano le enjugó el jarabe de los ojos, dejándole ver la fuerza que emanaba de ella. El tiempo apuntaló la decisión: sería maestra. Ya no se le doblaban las piernas camino de la escuela después del trabajo, ni se le amilanaba la voz al hacer el recuento de aquellos días en que su cabeza vacilaba como un tembladeral. Era feliz, pero tenía que apurarse. Aquella noche daba el último examen y su hija la esperaba con la mesa puesta.

22



RENEE FERRER

los peores
para mi

los peores para mi

Siempre que viene mi mamá a lavar la ropa me llavean en el sótano desde donde escucho que mi tía le miente cuando pregunta por mí. Después de llorar un rato me entretengo jugando con los gorgojos y los túneles que los ratones hacen entre las bolsas de maíz. Hay tres, pero sólo dos se alejan corriendo hacia el pedazo de queso que yo saco de las trampas para ver quién gana. De balde me encierran porque lo mismo nomás voy a salir para verla. Aunque me peguen me voy a escapar otra vez. Yo se que mi casa tiene una sola pieza donde viven todos encimados, pero me gusta porque en invierno voy a dormir bien cerquita de mi mamá.

24 Cuando murió Lucinda, la más chica, nos vinimos todos a Asunción; mamá le extrañaba demasiado y no se hallaba en ningún lugar; los cinco hermanos le sentimos mucho, y mi papá también, porque era linda como una muñeca con la que jugábamos todos. Pero tuvimos que mudarnos a la capital. Al principio me pareció divertido, después comprendí que las cosas iban a cambiar.

Como mi papá no conseguía empleo nos repartió entre su gente, para ayudar en el trabajo y que





nos manden a la escuela. A mí me tocó la casa de Tío Antoñito, que tiene un bar con muchas mesas y un mostrador donde hay empanadas para los clientes. Mi hermano también está aquí para repartir la vianda, y para perseguirme cada vez que salgo corriendo detrás de mamá. Entonces me trae de vuelta dejando que ella se vaya sola.

Desde aquí abajo miro por la rendija el cable trenzado que se hamaca en la mano de mi tío. Su respiración me da miedo cuando abre la puerta y me busca en la oscuridad hasta que me ve y me marca la espalda. Yo no sé si los chicotazos dan sueño, pero sospecho que así ha de ser, porque me quedo dormida en seguida. Yo prefiero dormir, porque de esa manera se me va más pronto el dolor, y al despertarme ya me río de nuevo, mirando a Sultán que me ladra como si no me conociera.

No me acostumbro al frío del sótano, pero sí a saltar la muralla para irme con mamá. Le pregunto por qué no puede llevarme. Entonces me explica, con una voz triste, que cuando hay necesidad los pobres hacen así. Pero yo no entiendo. Mi tío tampoco entiende que me voy a ir aunque me rompa toda, porque lo que yo quiero es estar con ella,



como antes. Cuando viene me prendo de su cintura. Entonces empieza a caminar hacia la calle, hablándome para que me distraiga; abre el portón y sale, sabiendo que su otro hijo nos va a seguir hasta alcanzarnos. Me da pena su cara cuando me escucha llorar a gritos, pero se aleja sin decir nada. Tampoco yo quiero oír que no puede volver a buscarme porque no tienen plata y mi papá quiere que me quede para ir a la escuela. Escribir es lo importante, dice. Siento lástima de ella porque no sabe que llego tarde a la clase si no termino mi trabajo.

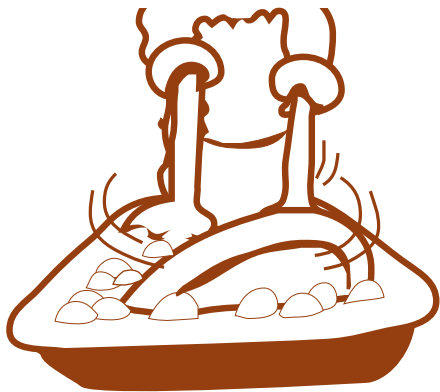
26 La otra criada de mi tía es la preferida. A ésa le compran ropa nueva, zapatos lindos y juguetes. La tratan como a una hija, no como a mí, que tengo que usar lo que me regalan cuando está viejo. Demasiado quiero algo nuevo para estrenar, pero ellos no se dan cuenta o no les importa. En su cumpleaños mi tía le regaló una muñeca toda vestida de rosa. Cómo quiero tener igual a ella, le dije. Pero ella paga su mensualidad me contestó, con unos ojos que se cerraron en el medio como los del gato.

Después de eso mi papá me trajo un muñequito negro del tamaño del dedo pulgar. Si me mandan al sótano le aprieto

bien fuerte para que no se me caiga, y me acompañe en esas noches largas como la cabellera de la muñeca de losa. Es tan grande que parece de verdad; mueve los brazos y las piernas como yo, pero sus ojos son azules, no como los míos, que son negros. En la casa todo es para Nela. Para mí nunca hay nada porque soy insolvente, dicen. No sé lo que significa eso, pero debe ser algo feo porque me miran como si no me vieran. Yo sólo tengo lo necesario, un cuaderno y un lápiz para la escuela. Después nada. Ni merienda ni dinero. Nada. Algunas veces a la salida, cuando hace calor y anochece más tarde, junto trocitos de porcelana para jugar al descanso con mis compañeras, pero casi nunca me sobra el tiempo, porque si llego temprano tengo que ayudar en el bar y si vuelvo tarde me meten en el sótano donde me duermo sin cenar; pero si el sueño no me viene, una estrellita se asoma a un boquete que hay en la pared donde pongo un ojo hasta que deja de brillar y la guardo en la caja de fósforos junto con las otras para tener mi propio cielo.

No me gusta que la hora corra rápido, por eso quiero ganarle cuando vengo pensando que a lo mejor encuentro algo lindo en la vereda para regalarle a mi mamá, pero entonces es cuando más me retraso y trabajo hasta más tarde. Aunque





soy chica me gusta limpiar las mesas del bar para mirar a la gente mientras come. A veces me tiente alguna cosa dulce y me animo a sacarla de la vitrina. Si el tío Antoñito me sorprende o sospecha que falta una galletita de su negocio saca su rebenque y entonces sí que me duelen las piernas por mucho rato. Yo le perdono todo, menos que me prohíba volver con mamá. Por suerte no todos los días son iguales. Los domingos, cuando salen de paseo, suelo jugar con la hija de unos vecinos ricos que me regala cosas. Una vez me dio un juego de dedales que tuve que esconder para que mi tía no me saque y le devuelva. No entiendo cómo no echan de ver lo mucho que quiero un juguete yo también.

28 Toda la semana me levanto temprano, limpio la casa, cobro mi paliza y lavo los platos, pero algunas veces estoy mejor en el sótano que afuera, sobre todo cuando tío Antoñito prepara el agua y el pasto para los camellos. Entonces prefiero dormir aquí abajo para no sentir cómo mi prima salta de su cama y se ríe fuerte, buscando las huellas alrededor de la latona, mientras levanta su regalo del suelo. Los días de Reyes son los peores para mí.

MAYBELL LEBRON



irma

irma

No llores, voy al Chaco y a la vuelta nos casamos. Te quiero Elena, si nace varón ponele mi nombre; en cuanto termine el servicio militar, te vengo a buscar. Esperáme, que na.

Se soltó del abrazo para treparse a la lancha del ejército y ella lo vió alejarse con los ojos brillantes de lágrimas.

Consiguió conchabo de mucama en una casa grande, de gente importante. Un matrimonio con dos hijas de 10 y 12 años.

Le tomaron cariño a la muchachita. La cuidaron y atendieron cuando llegó la hora del parto. El bebé tenía preparado un ajuar completo... pero la cunita se instaló en el dormitorio de los "padrinos". Elena sólo lo cargaba para darle de mamar: la bautizaron con el nombre de Irma.

Para Elena, el agua se llevó a su enamorado pero le trajo a un embarcadizo que había recorrido muchos países. Recaló en Pilar y se casó con ella. El pobre conscripto se encontró, a su vuelta, sin novia y con su hija en casa ajena.



30

Los señores eran generosos: la casona se llena de jovencitas. Ellas venían del campo para estudiar, e Irma era la niña de la casa. Se divertían a su costa. Un día la emborracharon y le hicieron fumar cigarros. La pobrecita no entendía dónde estaba. Se desquitó pidiendo a su madrina que les obligara a contarle cuentos todas las noches, antes de dormir, y tenían que complacerla.



A pesar de los celos de una de las hijas, la señora no hacía diferencias. Como sus hijas eran mayores, se la pasaban estudiando y yendo a clases, sin trabajar en la casa. Tenían empleada, pero Irma era la encargada de limpiar las nueve habitaciones. Agarraba la escoba a las cinco de la mañana para estar lista a la hora de la escuela...

31

En compensación – la madrina era modista -, le hacía vestidos preciosos y le compraba zapatos finos. Además, no podía salir. Tenía la obligación de comprar hilos, encajes y botones de la mercería, a doce cuerdas de su casa, a pie, y había días en que hacía el recorrido dos o tres veces. Ella se escapaba de siesta: iba a jugar con las vecinitas, preparaban guisos y frituras que regalaban al gato... y recibía sus buenas palizas si no la encontraban para los mandados.



Al cursar el sexto grado debió sacar la Cédula de Identidad. Enterados del trámite, se encuentra con los hombres en el juzgado.

32

- Yo soy el papá de Irma – explica el exconscripto -. Su apellido debe ser Riveros.
- No – refuta el padrastro -. Yo me casé con su mamá. El apellido debe ser Ibañez.

Irma los mira entre azorada y divertida. Están enojados, huele a pelea.



- Sr. Juez, yo quiero hablar.
- Sí, mi hija ¿Qué querés?
- Yo siempre tuve el apellido de mi mamá, y no me avergüenzo. ¿ Por qué, piko, voy a cambiar ahora? Mejor voy a seguir siendo Báez.

Y salió corriendo, dejando a los dos hombres confusos y humillados.

La paradoja de Irma es que siendo hija única de la pareja, tiene una enorme familia: Por un lado, su madre, el esposo de su madre, tres hermanos y una hermana.



Por otro lado: su padre, la esposa de su padre, más cinco hijos. En total, un regimiento, y con todos se trata.

A casa de su madre va como de visita, nunca se queda a dormir. Ella le regala dulces y tortas para la merienda.

Bautismo, comunión, misa los domingos: Irma es católica, pero la madre y su familia se hicieron “evangelistas”, y la trataron de convencer de que cambiara de religión.

34 - Mirá, mamá – le dijo un día -, estoy harta de tus sermones llenos de disparates, no voy a pisar más esta casa si siguen fastidiándome-. Y se fue.

La madrina era conciliadora.

- Oíme, Irma, vos sos mi hija, pero tu mamá será siempre tu mamá. La tenés que querer y respetar.



Se arreglaron las relaciones. Jamás se volvió a hablar del asunto.

El padrino se pasaba patrullando la casa, con un revólver en la mano, cuidando a las chicas por si aparecía algún atrevido. Era muy celoso y tenía debilidad por Irma, la benjamina.

Ya grandecita, ella se enamoró... de un jugador de fútbol. Eso no hubiese sido problema serio. Lo grave fue que era del equipo rival al del señor... y, para peor, siempre metía goles. No fue fácil. Los lunes no aparecía: Don Pedro era capaz de dispararle.

Lloró Irma, más que nadie, cuando el viejo murió. Se acabaron los mimos y los regalos. Doña Francisca era cariñosa, pero más seca por temperamento. Por entonces, ella ya estaba casada con su amado futbolista, quien resultó ser un excelente marido: se ganó el cariño de toda la familia.

Hoy viven en la casa que sus padrinos le regalaron. Tienen tres hijos, nunca su madre hubiese podido darle la educación y el nivel de vida que recibió en casa de Doña Francisca. No se arrepiente de su situación.

A veces, Irma filosofa: - *Yo tuve suerte. Conozco a muchas criaditas explotadas, desamparadas, sin cariño. Viven una vida miserable; es bueno ocuparse de esos niños y niñas a los que, frecuentemente, ni los padres les hacen caso. Pobrecitos! Doña Francisca es, para mí, más que mi mamá. Ella me crió, me cuidó, y hasta tengo casa propia porque ellos me la regalaron. Sus hijas son como mis hermanas; mientras mi madrina viva estaré siempre a su lado cuando me necesite. Mis padres tampoco me abandonaron. Me visitan y me quieren pero es diferente. Yo no viví con ellos; cada uno tiene una familia aparte. En casa de mis padrinos nunca me faltó cariño, no puedo pedir más. No hay duda: tuve suerte.*

36



irma

A sepia-toned photograph of a clock face. The numbers 9, 10, 11, and 12 are visible. A pine branch is in the foreground, partially obscuring the clock. The text "el criado y el reloj" is overlaid at the bottom.

el criado
y el reloj

el criado y el reloj

Ernesto cruzó el puente de la Amistad, puente que une Paraguay con el Brasil, y se dirigió con firmeza por la autopista que lo llevaría a Sao Paulo. Tenía apenas 15 años.



Desde un comienzo se imaginó que la travesía sería “parte a pie y parte a dedo”. Inició sus pasos y el camino se hacía largo y cansador. Nadie lo quería levantar en la autopista, presumiblemente por la ropa que llevaba, “la pinta que tenía” y el miedo de los conductores, que estaban acostumbrados a los robos y asaltos de todo tipo. Pero él se sentía libre,... libre a pesar de todo. Eran más de 1.500 km. los que debía caminar, eso no hacía mella en su decisión, pues no tenía nada que perder, pero sí tal vez algo que ganar.

38

Se alimentaba de los “restos” de bares y copetines, a quienes ofrecía su servicio de lavado de autos, camiones, pisos, veredas o cocinas, y en algunos casos debía hurgar entre los basureros de hoteles y casas lujosas. De día su mente se entretenía con paisajes, personas al paso, breves diálogos al pie de la ruta, y ... de vez en cuando tomaba algunas changas

que se le aparecían. A la noche, cuando debía dormir entre perros callejeros y contenedores de basura, en su mente se arremolinaban tantos recuerdos buenos, pero... en su mayoría le invadían recuerdos de sufrimiento, abandono y penurias. Cada mañana se sentía dueño de su tiempo y de su destino.



En la ciudad de Cascabel, camino a Sao Paulo, recostado y acurrucado bajo el campanario-reloj de una Iglesia, trataba de conciliar el sueño. En su posición fetal, su sueño era una pesadilla. No sabía si estaba despierto o dormido, pero sentía lo mismo que cuando tenía 8 años, cuando Jorge, su tío postizo, lo manoseaba en el catre y lo violaba una y otra vez, con un dolor terrible que le hacía morder la almohada para callar su rabia e impotencia. Recordaba como desde esa edad, Jorge el “estudioso de la familia”, llegaba de sus estudios muy tarde y ...

Ernesto desde esos años debía imaginar que todo lo malo que le ocurría era **simplemente un sueño**, una terrible pesadilla; era un mecanismo

39

de defensa, para no aceptar tan terrible realidad. Al otro día, Ernesto, el niño, debía hacer los mandados de la casa, limpiar los pisos, comprar las frutas y verduras, los cuales llevaría con su burrito a vender por las calles de Asunción; inclusive hacer **“trabajos de mujer”** como cocinar o lavar, cosa que lo “reventaba” y revelaba. Pero después, la sonrisa, la alegría, disimularía todo ese escarnio terrible en que vivió. Total él era -**“un simple criadito nomás luego”**.-

En el pórtico de la Iglesia de Cascabel, se levantó sorprendido, cuando una vendedora brasileña, tocándole los hombros le dejó sobre su bultito de ropas, dos pancitos de queso. Abrió los ojos y recordó con tremenda alegría el día de su primera comunión, cuando todavía en sus ingenuos labios infantiles, era depositado el cuerpo de Cristo. Su mente recordó y hasta le pareció oler también, aquellas chipas que comía al volver de su escuela primaria, robándose un poco su pasaje, para volver retrasado corriendo a la casa que lo cobijaba y que nunca sería suya. Luego vendrían los gritos, los golpes y el reproche continuo,... - “ y claro fulana memby ningo”- ...-



40



“qué piko se puede esperar de él”-; y recordaba sus fugas y escapadas para volver nuevamente a casa. En su niñez nunca pudo hacer lo que quería, no era dueño de su tiempo. Hasta para jugar se debía esconder... El sólo debía trabajar, como si fuera un soldadito o un sirviente, ... pero sólo tenía 8 años, si bien cada tanto tiempo le daban alguna muestra de cariño, más bien porque era el criado hacelotodo y era de provecho, era útil, “**barato**” y silencioso.

Efectivamente Ernesto fue entregado desde muy niño para ser **criado** por una familia de parientes lejanos. Su madre, una empleada doméstica, se embarazó de... un hijo de..., bueno, un hijo de papá, como se dice vulgarmente, un hijo de ricos que la sometió como a un animal para hacer sus primeras armas de macho. Nació en la casa de una madrina, su madre no tenía a donde ir, y posteriormente se crió con su madrina,

41

quien lo curaba de sus permanentes enfermedades de salud, pues como “decían” tenía problemas de “mala sangre” y le salían en el cuerpo terribles granos, forúnculos, que le daban un aspecto terrible a sus piernas y brazos. Él recordaba entonces como su madrina le ataba sus manos y también la cabeza, para no rascarse y extender aún más la infección.

A pesar de todo, llegó a sentir un poco de cariño por sus mamás (pues no definía bien, quien era la que cumplía el papel de madre). Sólo una vez más vio a su madre... y después nunca más. Su madre biológica llegó a tener 9 hijos más de diferentes padres, él conoció sólo a uno de sus hermanos, que fue adoptado legalmente y que siempre lo rechazó.

42

Llegó a Sao Paulo (Brasil) en un mes y ocho días, caminando, caminando, durmió en plazas e hizo todo para vivir..., pero se sentía libre... sin reproches... ni cuestionamientos.

Estando una mañana en la plaza, lo tomaron preso por tres meses, el motivo era: vagancia, mendicidad y no portar documentos. No era la primera vez que lo detenían. Antes de salir



en libertad, una asistente social y una psicóloga lo interrogaron para hacerle seguir unos cursos de artes y oficios que exigía el Estado Brasileño para abandonar el penal. Él siguió un curso de relojería, ventas y marketing; se hizo un buen relojero. Había un “no se qué” en los relojes que lo atraía, como hipnotizándolo.

De Ernesto después solo supimos que viajó a pie nuevamente a Venezuela, a Buenos Aires... y otros países... siempre buscando encontrar la libertad, el cariño o el motivo que diera sentido a su vida...

Ya nuevamente en Asunción del Paraguay, se casó con una ex compañera de escuela y tuvo una hija..., hizo de todo para mantenerlas, fue lustrabotas, contrabandista, también





44

caficho. Se separó... se volvió a casar, nació otro hijo... pero nunca, nunca permitió que le sacaran sus dos hijos... odiaba la idea de que otros los tuvieran de criados... además... por fín tenía una verdadera familia.

Hoy junto a sus hijos repara relojes... como pretendiendo arreglar un tiempo que nunca fue suyo. En las noches, un concierto de tic tac arrulla el sueño de tres cuerpos tendidos, mirando las estrellas de un cielo infinito.

el criado y el reloj



MARIA TERESA ENCINA M. DE MIRANDA

las vueltas
que da la vida

las vueltas que da la vida

Mi encuentro casual con Juanita, me indujo a escribir este relato singular, que refleja a través de las vicisitudes que atravesará el personaje, las vueltas que da la vida.

JUANITA, una niña-mujer que no acusa sus veinticinco años, madre de dos niños, fácilmente podría pasar por una adolescente de 17 años. Morenita juky, de ojos brillantes, mirada vivaracha, ostenta una amplia sonrisa luciendo blanquísimos dientes y un par de pícaros hoyuelos.

Nos encontramos en su lugar de trabajo, un conocido sanatorio de nuestro medio, y mientras soportaba una tediosa antesala, nuestro encuentro propició una amena charla, pues mi interlocutora se prestó fácilmente al diálogo.

“Y por qué piko, señora, me querés tomar a mí para modelo de tu libro? ¿Quién piko soy yo?. Nambrena...” Y ahí no más, comenzó el relato de su azarosa vida: “Yo salí de mi rancho cuando era bastante chica todavía, tenía 10 años. Y para que



46



pa te voy a decir cuánto me costó dejarle a mi mamá. Pero el asunto es que nosotros ya éramos muchos y la vida, a la pinta!... sí que era difícil! Y para más esas mis dos hermanas tavyrai partida

que andan, se fueron a andar por su cabeza, tuvieron todo hijo de balde y le trajeron otra vez a mamá para que les crie”.

Relata Juanita su vida en el campo. Su larga familia, los sacrificios de su madre, a pesar del trabajo de su papá como encargado de un puesto cercano de Pilar: “Mamá andaba por la capuera, ordeñaba la vaca, lavaba la ropa... de todo anga hacía. Nosotras atendíamos las criaturas y cuando podíamos nos íbamos a la escuela, pero si alguno se enfermaba ya nos quedábamos y yo era la que les cuidaba. El asunto plata era formal... desastre nuestra vida... éramos 10 hermanos. Uno de mis hermanos se fue a la Argentina y después le llevó al otro para la cosecha”.

“Desastre te digo... Un día vinieron los patrones y la señora había sido que tuvo hijo y mamá fue a saludarle para conocer a la criatura. Hermoso mita’i, te digo... y la señora le pidió

47

a mamá que venga para ayudarle, y le dijo que le traiga a los chicos. En la cocina había de sobra para comer, y eso convenía... y yo le ayudaba con su bebé... y después si que la señora le pidió a mamá por mí para venir a Asunción. Yo estaba escuchando... no quería irme de mi casa, yo quería estar con mi mamá nomás luego. Yo pensaba, y qué piko la comida... total tenemos mucha fruta, banana y mandioca y maní y eso... y pensaba que iba a cuidar a la gallina para vender su huevo... pero mi mamá me habló mucho y me dijo que la señora es muy buena y me iba a tener como su hija. Me decía mi mamá: “Andate katu, mi hija, vas a estar bien y ya ves como pa es nuestra situación. Vos sos inteligente y te vas a poder ir a la escuela y todo...”

48 Los argumentos de su madre al final convencieron a Juanita que, a pesar de sus pocos años, tenía madurez precoz, dadas las circunstancias de su vida. Y prosigue Juanita: “Y entonces vinimos a Asunción. La casa era linda, cómoda. La señora enseguida me llevó al doctor, me dio remedio para bicho, nos fuimos al dentista y todo. Después enseguida me anotó





en la escuela y me compró muchas cosas, cuadernos, libros, lápiz, todo... y también vestido, bombacha, sandalia. Todo completo. Y me dijo que le iba a mandar provista a mi mamá y también plata. Chéntema la agozaba, estaba de lujo en esa casa. Yo le atendía al mita'i y jugaba con él. Yo sabía luego cantar, pero aprendí a cantar en inglés cumpleaños feliz... y la señora me enseñó un canto en

italiano. Y yo le cantaba al mita'i... nos íbamos por todos lados, a los cumpleaños y eso... Pero yo a veces no podía dormir y pensaba en mi gente, y en esas mis hermanas tilinga kuera que tanto le quebrantaban a mi mamá y yo lloraba...".

"La señora me hablaba mucho y me decía que me porte bien, que aproveche para salir algo bueno de mí. Y me controlaba mi deber y me enseñaba lo que yo no entendía. Y la maestra le dijo que estaba muy contenta conmigo".

La suerte de Juanita era extraordinaria por haber ido a parar en manos de personas con verdadero sentido comunitario.

El trato que recibía era el de un miembro más de la familia. Su corta edad conmovía el corazón de la señora, conocedora de los angustiantes problemas familiares.

“Un día yo escuché – dice Juanita – cuando el patrón le contó a la señora que mi hermana Quituli casi murió, porque había sido que estaba otra vez embarazada y que perdió su hijo por culpa de ese tipo que estaba con ella, que le castigó, le sopapeó todo mal y le pateó por su barriga”. La señora no quiso que yo sepa y el señor le dijo: “Mejor no le digas nada, es muy chica”. Sí, cierto, pero yo entendía todo luego y ya estaba por hacer la Primera Comunión”.



50 “La señora se desesperó todo mal con la noticia y entonces el señor le mandó plata a mi mamá para ayudarle un poco más. Y la señora dijo que le quería traer a Quituli a Asunción para trabajar en la casa de su amiga, y así le iba poder ayudar más a mi mamá con su sueldo para criarle a su hijito que se quedó con ella”.

Así fue que la Quituli llegó a Asunción y fue colocada en una casa de familia. Todo parecía ir muy bien, hasta que un día... la felicidad a veces dura poco. Quituli había decidido tomar otro rumbo. Y dice Juanita: “Esa tilinga se escapó una noche de ahí donde estaba tan bien y nadie sabía donde lo que se fue. Mirá na un poco... allí que vivía como la gente. Y después supimos que se había ido a Buenos Aires con un tipo. Imposible no más luego... parece que esa mi hermana tenía trapo en su cabeza en vez de cerebro... locaite voínte”.



A fin de año, Juanita volvió radiante de la escuela, portando su libreta de calificaciones. Había pasado de grado! Su felicidad no tenía límites... “Entonces – cuenta – la señora me dijo que como premio me iba a llevar con ellos a Punta del Este... y me fui katu luego... Imaginate na un poco... Juanita en avión... volando como una paloma... eso sí no me voy a olvidar nunca luego... y la señora me dijo que después íbamos a ir al campo para verle a mi mamá”.

51

Y así fue que la vida le dio a Juanita la oportunidad de vivir un sueño inolvidable. Pero en medio de sus alegrías, a veces le entraba una profunda tristeza, comparando su vida tan placentera con los infortunios de su familia. Consciente de su suerte no podía olvidarse de los suyos.

Y sigue contando: “y así pasó el tiempo. Yo ya no pensaba más irme otra vez al campo. Demasiado bien vivía en esa casa. La señora tuvo otro bebé y yo demasiado les quería a los chicos. Eran como mis muñecos, pero yo tenía también una muñeca que hablaba y todo, que me trajeron los Reyes”.

“La señora siempre me llevaba con ellos a todos lados. Ibamos a tomar helado, comer hamburguesas y todo. A veces al club Centenario o al club Sirio...”. En esa época Juanita ya era casi una señorita y era lógico que el amor llamara a las puertas de su corazón. Y cuenta: “En el club Sirio le conocí a Basilio, que era mozo. Al principio era mi amigo nomás. Pero después ya quizo ser mi novio. Pero siempre fue muy respetuoso... también le respetaba luego al señor” (cuenta entre risas).



52

Hasta que un día Basilio le propuso matrimonio – “Y habló con la señora y le dijo que se quería casar conmigo!! Y la señora le contó al señor y entonces él le dijo que teníamos que hablar con mi papá y a ver que decía mi mamá. Y nos fuimos al campo. Era un asunto delicado... dice. Mi patrón le contó a mi papá y a mamá que Basilio era un buen muchacho, que se quería casar conmigo, que era trabajador y todo. “Van a formar una familia bien constituida” – dijo el señor, y mi papá aceptó y mi mamá estaba muy contenta.



“Ha oikóma katu la casamiento – dice Juanita – y la señora me regaló para mi vestido de novia y muchas cosas para mi casa, y el señor le dio plata a Basilio y tuvimos fiesta y todo. Y mamá decía: “Al menos una me salió bien”.

“Después alquilamos una casita en Fernando. Yo lloré mucho cuando dejé a la señora, pero yo siempre venía a su casa y ella también me hacía llamar cuando me necesitaba. Lástima esas mis hermanas kuera... verdad?”.

Prosigue: “Ahora tengo dos hijitos y le traje a mi mamá para que esté conmigo, así yo también puedo trabajar para ayudarle a mi marido, porque estamos pagando por

nuestro lote... te digo nomás que a mí me fue bien, gracias a Dios, pero no siempre es así... y si la Virgen quiere, nunca luego me he de separar de mis hijos, por más que sea... Empecé a trabajar en el negocio de un amigo del señor, el padrino de uno de los chicos, y después vine a este sanatorio. ¿Y sabés piko una cosa? Un doctor me ofreció para estudiar enfermería! Dice que soy demasiado inteligente. Ya le dije a mi marido y a mi mamá y me aceptaron, y el domingo me fui a contarle a la señora y demasiado se halló”.



54

“Viste Juanita?! – dijo la señora – yo te decía luego que un día ibas a tener tu premio, que Dios te iba a ayudar porque fuiste buena...”.

“Imaginate na un poco. Voy a saber tomar la presión y todo!”. Comenta entusiasmada, y prosigue: “Mirá na un poco vos, señora, ... decime nomás... Las vueltas que da la vida!... ¿ajepa?”.



antonia

MAYBEL LEBRON

antonia

El rancho de barro y paja se caía a pedazos. Faustino siempre borracho; su concubina, gritando, enojada; las cuatro criaturas, entre risas, escapaban a la capuera a cuidar dos vacas y un caballo viejo y despelechado. Se las arreglaban para estar contentas, sabían que eran pobres, sobre todo cuando el cocido venía sin galleta... o si hacía frío.

- Antonia, te voy a bañar, vamos a Asunción.

La mujer se levantó con esfuerzo, su enorme vientre indicaba la proximidad del parto. Tomó la mano chiquita entre sus dedos ásperos.

- Te llevo junto a tu tía Mica. Allí vas a tener cosas lindas.

Los ojos azorados miraban las casas pegadas unas a otras, todas de ladrillo... y esa sensación extraña del piso embaldosado bajo su pies desnudos. No había vacas, sólo perros.

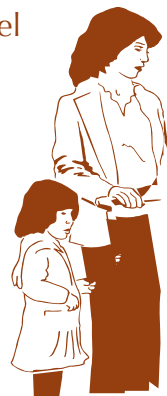
56

Encerrada en la cocina ajena, tirada sobre un "pirí", esa noche lloró sin consuelo. Tenía siete años y tres hermanitos mayores. Con el tiempo, serían catorce.

A veces, su madre aparecía a visitarla, siempre con un bebé legañado y llorón en los brazos. Con todo, ella se le prendía de la pollera pidiendo volver a casa.



Limpiar, hacer los mandados, preparar el café y el mate, cuidar al mitaí. Ella no sabía cómo cambiar pañales; en su rancho nunca los había visto. Además, la castigaban porque el bebé era pesado y se le caía. De noche, exhausta, trepaba a la cuna del niño para dormir acurrucada a su lado, en la única pieza alquilada al conventillo.



Su corazoncito latía con fuerza mientras miraba la calle con ojos empañados. Escapar. Pero, ¿adónde? No iba a la escuela, no hablaba con nadie, ni siquiera sabía castellano. Imposible liberarse de esa prisión con barrotes de ignorancia.

Cuando llegó la madre con otro bebé nuevo, gimoteando amenazó con escaparse. Consiguió que la llevaran a otra casa... y otra ... y otra.

Doña Fidelina era considerada. No la despertaba a las cinco para comprar pan, y le preparaba el desayuno que tomaban a las siete. Fue a la escuela °Por fín! Pero no le gustó. Repitió el primer grado tres veces, se reían de ella, siempre estaba sola. Un día, la hija de su patrona vino de visita: se llevó a Antonia a Buenos Aires.



Allí una maestra buena le enseñó el castellano. Pasó de grado. Vivía con Elisa y su marido en un departamento de dos piezas. Iban a misa, y después de mucho tiempo -ya tenía diez años- pudo jugar en la plaza con otros chicos.

- Dejela a Antonia en casa. No hace falta llevarla detrás de ti vendiendo cosas. Que haga el café y limpie el departamento, es una inútil - protestó el esposo.

A Elisa le pareció razonable; no quiso discutir.

- °Antonia! - llamó el patrón desde el dormitorio.
- ¿Qué, pa, querés?
- Vení, vamos a jugar.

58

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Nunca antes habían jugado. Vió la mano tendida y creyó en una añorada caricia.

Pero, no. La mano sujetó su brazo, arrastrándola a la cama. Primero, suavemente, y luego con impaciencia, la manoseó buscando el sexo. Quiso gritar, no entendía: un miedo oscuro le apretó la garganta. Lloró despacito mientras el dolor la

transpasaba con el miembro duro y despiadado. Una mano le tapó la boca y el grito fue sólo un gorgoteo desesperado mientras manoteaba, sin fuerzas, bajo el peso del hombre que la forzó hasta saciarse.

- Callate, no llores - y como ella hipaba de dolor y susto, con una cachetada la encerró en el baño.

Allí la encontró Elisa, con el charquito rojo pegoteado al vestido todavía llorando.

- Yo no quería. El me metió su cosa y me duele. Tengo miedo, ña Elisa, curame ¿qué, pikó, me hizo?



El rostro de Elisa estaba extrañamente inexpresivo. Titubeó un instante ante la súplica de esos ojos infantiles y, dándole la espalda, con el rostro contraído, murmuró:

- Seguro te gustó. Por eso no gritaste,
- y entró en el dormitorio.

Ella oyó los gritos y palabrotas. El negaba. Al final, nadie le hizo caso.

59

En esa interminable noche de angustia, la muchachita había aprendido a sufrir el ser mujer. El amanecer la encontró sollozando.

Suplicó:

- Ña Elisa, no quiero quedarme con el señor. Dejáme, que na, con la vecina.

La costurera de al lado miró con lástima a la niña triste caminar con dificultad. Pasó la mano sobre la cabecita despeinada y sintió la humedad en sus mejillas. Al descubrir la tragedia, le curo su “cosita” maltrecha, aunque no la llevó al hospital.

Desde entonces, la vecina fue su refugio. Le enseñaron a coser. Para Navidad le hicieron un vestido nuevo - no esas ropas usadas que le compraban en el mercado - y por primera vez, calzó zapatos en vez de zapatillas. Eso palió en algo la tremenda tristeza de cada fin de año.

60

El día de Reyes despertó con una muñeca a su lado. La acariciaba con los ojos brillantes y los cachetes arrebolados por la emoción. No lo podía creer: era suya. Por fín tenía una muñeca ... y ya le habían pasado tantas cosas.



El patrón, sin Antonia, se trajo una amante a la casa. Eligia le exigió el importe de los pasajes y se volvió a Asunción con la criadita.

Cuando Antonia llegó a su rancho, lo encontró más arruinado que nunca. La fugaz alegría de su madre pronto se convirtió en preocupación por “colocarla” con alguna familia. Siempre lo mismo: limpiar, lavar, planchar; a veces, mejor trato; jamás, cariño. A los quince años se independizó para buscar trabajo. Ya era señorita, no quiso volver a la escuela. Nunca contó a nadie lo que le había pasado. Le daba vergüenza, era su secreto. No permitía toqueteos: se volvió hosca, huraña.

Conoció a Guillermo. Era delicado y bastante mayor. La respetó. Una tarde se miraron a los ojos y ella lo supo: podía contarle su historia. Esa historia que ni su madre conocía... tal vez porque la sabía culpable. Y el dolor quebró la costa para aquietar su angustia.

Esa noche la llevó a su casa. La invitó con cerveza y pastelitos. Ella se contrajo, reculando al distinguir la cama. Lentamente, él la fue desvistiendo, entre sonrisas, y cuando la penetró, el goce fue mutuo, sin barreras. Estaba liberda.



Una felicidad desconocida en diez y ocho años llenó su vida. Se mudó a su casa. Por esa misma sinceridad que los unía, él fue claro, hijos, no.



Guillermo llegó del trabajo casi a la hora de comer. Mientras servía el estofado con papas, el rostro risueño se volvió serio, ruborizándose avergonzada.

- ¿Qué pasa, Antonia?

Ella no contestó, concentrada en el humo que despedía el plato de comida. Pausadamente, puso la mano sobre la de él, arrugando el mantel al contraerla.

- Te fallé, Guillermo. Estoy embarazada y quiero tener a mi hijo. No te preocupes. No te voy a pedir nada.

62

Estaba sola en la Maternidad al nacer su hija. Tenía veinte años.

Hubo otros hombres y tres hijos más. Sus críos, siempre con ella. No permitió a nadie violentar su voluntad ni la de ellos y trabajó para mantenerlos y darles un oficio.

Antonia lo sabe: su trágica historia no debe repetirse.



SUSANA OVIEDO

mi hermano,
un hijo

mi hermano, un hijo

A sus quince años, y con un embarazo de siete meses, Carmen volvía a sentir el lacerante zarpazo del destino, que se empeñaba en llenarle la vida de sinsabores. A esa edad, un derrame cerebral los dejaba a ella y a sus hermanos sin su madre; una mujer que sólo con la muerte logró zafarse del martirio que padecía bajo los maltratos de un hombre alcohólico que frecuentemente la golpeaba. El “medio animal”, recuerda Carmen a su padrastro, también era responsable del ser que en aquel momento llevaba en su vientre, fruto de una violación, que su mamá no quiso admitir, hasta “que vió mi panza al aire”, cuenta.

La “familia” que hasta entonces conocía Carmen, iba camino a su desintegración. Durante los primeros días como huérfanos, una vecina se apiadó de la situación y los recogió a ella y sus hermanos, Sebastián, que hoy tiene 18 años, y los otros más pequeños de 6 y 2 años y una bebé de 3 meses. “No podíamos quedarnos con mi padrastro, no era de confianza”, rememora aquellos días de incertidumbre y desazón que los tocó afrontar, desamparados. Ese hombre los había mantenido

64



atemorizados en la casa donde residían en carácter de encargados, sin que su madre pudiera remediar la situación; probablemente vencida por el miedo y la incapacidad de hacerse cargo, sola, de sus cinco hijos.

Definitivamente el trago más amargo estaba reservado para Carmen. Apenas dos meses después

de la partida de su mamá, dió a luz a un varoncito en el Hospital de la Cruz Roja, al que ni siquiera tuvo ganas de mirar. “Trataba de convencerme que era parte de mi sangre, pero no podía”, relata ese episodio que le quedó clavado como un aguijón y que le sigue arrancando lágrimas. Principalmente, porque entregó a ese bebé en adopción. Hoy le martiriza pensar que por culpa, quizá, del destino, la profunda confusión, la vergüenza, el dolor, tantas cosas juntas que debió afrontar en plena pubertad, se cerró por completo a ese hijo engendrado por la violencia.



65

Fueron demasiados los sentimientos que entonces la invadieron. No tuvo tiempo de reflexionar sobre su acto. Tenía que sobrevivir y, vaya paradoja: halló la forma de hacerlo trabajando como niñera en la casa de una funcionaria de la Dirección General del Menor.

Apenas recuperada de la tormentosa experiencia que acababa de pasar, Carmen fue en busca de sus hermanos, sin imaginarse la nueva y dramática situación que le aguardaba: ya no estaban donde los había dejado. Sólo quedó Sebastián, de los otros tres más pequeños nunca supo adonde fueron a parar. Hasta ahora se recrimina por este hecho. ¿Lo hubiera impedido si no hubiese estado embarazada?

La vecina que los recogió, se limitó a informarle que unas personas vinieron a buscarlos; además, que se había asustado porque la citaron en la Dirección del Menor.

“Lo más probable es que hayan sido dados en adopción”, se resigna en admitir



66

hoy, mientras seca las lágrimas que vuelven a asomarse, y se deslizan escurridizas en su rostro.

Así que se aferró a lo que le quedaba de su despojada familia y decidió pelear por Sebastián, el único hermano que le dejaron. Juntos vivieron un tiempo en la casa donde ella cuidaba al niño de la señora que le dió trabajo. Interín, insistía vanamente en averiguar el paradero de sus demás hermanos.

Por un tiempo, todo parecía estar yendo bien, hasta que una noche, desde la ventana de la cocina, se percató de que el padre de su patrona cometía cierta perversidad zoofílica. Volvieron los temores, los insomnios, las dudas. Ella se ahogaba, sudaba: tenía miedo de que el señor “hiciera algo” a Sebastián, de quién se sentía responsable, como la madre que no pudo ser con ese hijo que se negó a amar. Tenía que salir de allí, pronto. Su madrina espiritual la puso en contacto con Doña Silvia, en cuyo hogar la recibieron, sin que quede muy claro sobre qué términos ingresaba en esa casa. Al comienzo inclusive le pagaron 70 mil guaraníes mensual, lo que le dió a pensar que haría de empleada doméstica. Pero



67

terminó trabajando “por la comida y el techo”. No obstante, una vez instalada, pudo “arrastrar” de nuevo a su hermano con ella y lo tuvo cerca, bajo su protección. Empezó una nueva vida, no la que le hubiera gustado, pero “al menos hice mi Bautismo, la Primera Comuni3n y Confirmaci3n, y fui a la escuela”, reconoce.

Su hermano tambi3n, pero nada fue gratuito ni f3cil para ninguno de los dos. Se levantaban a las seis menos veinte, todos los d3as, para cumplir una larga jornada que inclu3a lavar, planchar, cocinar, alimentar a los hijos de la se1ora, llevarlos a la escuela y volver a buscarlos. Por eso Carmen pod3a ir a clase s3lo de noche. Sebasti3n, la ayudaba en algunos quehaceres, “barr3a y cargaba la basura”. El tambi3n se resign3 a asumir que no estaba en esa casa en car3cter de hijo.

68

S3lo criados

Pronto se dieron cuenta que no hab3an sido recibidos precisamente para integrar la familia de 1a Silvia. El almuerzo en la misma mesa dur3 apenas un a1o. Despu3 pasaron a comer en la cocina, “si sobraba



comida de la siesta, mi hermano y yo la repetíamos en la cena; mientras que para ellos se preparaba un menú distinto; y si quedaba algo de esa cena, al día siguiente se convertía en nuestro almuerzo”.



Por supuesto, la ropa nueva era sólo para los niños de la señora; “a nosotros, siempre calzados y ropa usada”, lleva muy presente Carmen. Ña Silvia fue muy estricta -¿o fría?- con ellos. Escuchaba y daba la razón sólo a sus tres hijos y ésto se notaba mucho, especialmente si alguno de estos acusaba de algo a Sebastián, quien irremediamente estaba destinado a ser “el malo de la película”, lo que hacía aumentar en él un sentimiento de rencor hacía la mujer que les exigía rendimiento en los quehaceres domésticos y no les daba muestras de cariño.

Carmen, como toda joven, tenía ganas de salir, de participar en la fiesta de cumpleaños de sus compañeras/os, de jugar voley o ir a bañarse a Puerto Pabla, como hacían otros chicos de su edad, “pero lo máximo que me permitía era ir a la Iglesia”, lamenta y recuerda sus frustraciones de esa época. Es más, si la familia iba de paseo, ella y su hermano quedaban

69



encargados de la casa. La única vez que acompañó a Ña Silvia, esposo e hijos, fue en un viaje a Ciudad del Este, “pero para hacer de niñera”.

Fueron muchas las espinas que fueron quedando clavadas en su corazón y en el de Sebastián y las que despiertan tristeza en ellos cada

vez que recuerdan los días grises en casa de Ña Silvia. Días aquellos en los que también hubo bofetadas. “Esta señora, que me confundía tanto por su forma de ser, porque iba a misa y aparentaba ser otra ante los demás, llegó a pegarnos por la cara”, cuenta Carmen. Una vez la tuvo que afrontar para requerirle que no volviera a tocar a su hermano, Sebastián. “Ella solamente le quería a sus hijos...”, vuelve a afirmar, con un dejo de rencor que trasunta claramente en sus palabras.

70

En los cuatro años que permaneció en esa casa, “andaba tensa”, reconoce ahora, mientras suspira profundamente, como reafirmando el alivio que siente por estar recordando un tiempo ya vivido, ¿y superado? Jamás pudieron, ella y Sebastián, desayunar antes y hacer luego las tareas de la casa. “La señora nos decía: tienen que justificar su taza de leche”. Por eso, cuando cumplió 20 años, la soñada mayoría de edad, no

espero más de tres días para ganarse su libertad. Se convenció de que si no cometía delito, no podían enviarla al Buen Pastor, como frecuentemente era amenazaba por la señora. Así que se fue; halló trabajo como empleada doméstica en una casa ubicada en Roque Alonso. Sebastián todavía era pequeño, no podía irse, permaneció seis años más en casa de Ña Silvia, la que, de vez en cuando, se mostraba maternal con él y, cuando llegaban visitas, hasta le ponía la mano en el hombro. “Pero yo la sacaba, porque era nada más para aparentar”, reconoce hoy con el ceño fruncido, molesto, y sin titubear.

Su hermana, con quién vive de vuelta hace un año, lo mira comprensiva y expresa “el es duro como una piedra”.

El presente

Carmen formó pareja con un hombre pobre, pero trabajador, es madre de dos niños. Uno de ellos ya va al Jardín de Infantes. Ella trabaja en servicios domésticos y, además de sus pequeños, se encarga de mantener a Sebastián.

Nunca lo descuidó; ahora mismo, pese a la precariedad en que vive ella con su compañero e hijos, inventó un lugar para su hermano en un rincón de una de las dos habitaciones que ocupa en un inquilinato.

“Fui a pedir por él, porque Ña Silvia andaba diciendo que ya estaba harta de Sebastián. De hecho, ya ni siquiera el colegio pagaba por él”.

Como la madre que de hecho es para éste, Carmen lo único que le exige es dedicación en el estudio para obtener buenas notas. Cursa el 8º grado en un colegio privado de Lambaré y está deseoso de comenzar a trabajar. En el rostro de Sebastián difícilmente se dibuja una sonrisa. Su mayor anhelo es poder, algún día, sepultar el pasado y “mirar sólo hacia el futuro”, aunque su hermana y mamá siempre le recuerda que han pasado duro y que tendrá que seguir esforzándose para alcanzar sus objetivos.

Carmen admite que a esta altura de su vida le cuesta confiar en la gente, después de lo que ha vivido. No le da vergüenza decir que no puede expresarse agradecida con Ña Silvia, en cuyo hogar nunca le permitieron sentir lo que realmente significa ser parte de una familia. Como mujer, como madre, como ex criada, ahora dice estar preparada para no repetir dos errores que observó con dolor en su mamá: “traer hijos como conejo” y permitir que un hombre la golpee. Se siente segura, porque cuenta con un aliado: Sebastián.



72

A young child with dark hair is sitting on the ground, looking directly at the camera with a neutral expression. The child is wearing a dark, long-sleeved shirt. In front of them is a gift wrapped in shiny, crinkled paper. The background is out of focus, showing what appears to be a tent or a similar structure. The entire image has a warm, brownish-orange color cast.

MARIA SIL VIA CALVO

solo por
unos segundos

solo por unos segundos

Era un hermoso día de primavera. El reloj apenas daba las seis de la mañana pero el sol parecía haberse levantado muy temprano. Para muchos niños el día recién empezaba. Algunos bostezaban y se desperezaban lentamente en sus camas intentando prolongar lo más posible el momento de prepararse para ir a la escuela. Otros recibían gustosas las caricias de “mamá” que los ayudaba a empezar el día con ganas y buen humor.

Para Rosa la historia era distinta. Su día había empezado cuando aún era de noche. Nadie la había despertado cariñosamente ni tuvo mucho tiempo para desperezarse y remolonear en la cama. Es que si no se levantaba rápido no le daba el tiempo de terminar con “los quehaceres” antes de ir a la escuela. Después, tendría que ir corriendo a la escuela y sin desayunar para no quedarse sin recreo por llegar tarde.

74

Sus escasos 11 años no le alcanzaban para comprender porqué tenía que estar lejos de su familia. Vivir con su tía no era lo mismo. °Hace cuánto tiempo que no jugaba



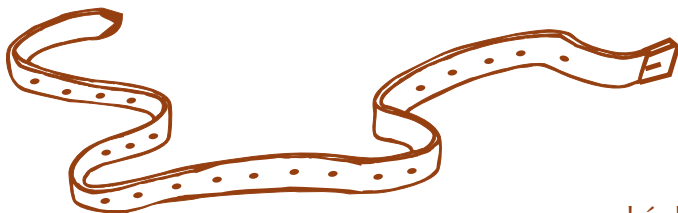
con sus hermanos y primos!. En su cabecita revoloteaba incansablemente el recuerdo de aquellos días felices. No importaba el hambre, no importaba no tener una tele o todas las comodidades que hay en lo de su tía (su cama y un lucerito).



Nada podía sustituir la felicidad de esos días en los que jugaba y corría entre hermanos y primos, con sus pies descalzos que ya habían aprendido a sortear los escollos y las espinas de la tierra. Nadie podía reemplazar la seguridad de “estar en casa”, con papá, con mamá, con la familia. Cómo olvidar esos días en donde el ruido que producía el hambre en su panza no importaba porque la única preocupación era ser niña.

Hoy la vida es otra. Cada día a las cinco de la mañana. Cada día a preparar el mate para llevárselo a la tía a la cama. Cada día a barrer y limpiar “a todo lo que da”. Cada día a correr dos kilómetros para llegar a hora a la escuela. ¿Y después? Después queda lo mismo “de cada día”. Volver rápido a casa

75



para que “tía no piense que ando por ahí haciendo cualquier cosa”, lavar las ropas, planchar un poco, ayudar con la comida, y hacer ñandutí para “no estar de balde”. A veces, si tenía suerte, practicar un poco con la máquina de coser eléctrica de la tía. Y a la nohcecita luchar con el cansancio para poder hacer las tareas de la escuela.

Rosa casi ya no recuerda cómo jugar. Cuando puede quita sus dos muñecas negritas de trapo e intenta balbucear algún diálogo entre ellas. Pero finalmente prefiere hacerles ropitas. De esa forma juega por un rato a “ser grande” en el poco tiempo en que no tiene la obligación de serlo.

76

De lo que no se olvidó Rosa es de cómo correr. No puede olvidarse de eso. Practica casi todas las mañanas para llegar a la escuela. °Y que útil le resulta cuando tía Ada quiere darle una buena paliza con su chicote! Bueno, no siempre se salva. En ocasiones nada puede hacer contra el cable trenzado especialmente preparado para el efecto. °Qué mucho que

solo por unos segundos

le pega tía Ada cuando está enojada! Y es tan difícil que no se enoje. A veces porque se retrasó en la escuela, a veces porque la cama no está bien estirada y los ojos de halcón de la tía descubrieron alguna arruga casi imperceptible, o tal vez simplemente porque había amanecido “pire vai”. Cualquier excusa parece buena para desatar la furia contra el cuerpecito indefenso y tembloroso de Rosa.

Pero por suerte esas marcas desaparecen. Las que no pueden desaparecer son las marcas del dolor de estar lejos de casa. Una vez intentó borrarlas ingenuamente tomando un “remedio para bichos”. Pensó que de esa forma podía dejar atrás tanta tristeza. Pero aún no había llegado el momento.

A Rosa todavía le queda vida para intentar entender porqué su mamá decidió mandarla a vivir a lo de su tía. No le convence la explicación de que ellos son muchos y muy pobres, y que con su tía va a estar mejor y va a poder estudiar. Rosa no cree que está mejor. Y tampoco estudia mucho con tantas tareas que tiene cada día.

No queda otra. Lo único que puede hacer es aguantar y aguantar. Y cuando no puede más, escaparse nuevamente. Ir corriendo a su casa.



Escuchar a su mamá que le dice “Seguro que vos venís acá porque querés andar nomás por la calle”. Entonces, volver a lo de la tía. Aguantar y aguantar.

A Rosa le hubiera encantado tener amigos. Ese privilegio no le estaba permitido. No tenía permiso para ir a jugar a la casa de alguna amiga. Mucho menos que vengan a su casa. Ni siquiera sus hermanos. Es que tía Ada es medio “argelada” y no quiere ni ver a los “cabezudos”. Si alguna vez alguien se iba junto a Rosa enseguida ya ella le decía “Fuera, fuera, ella tiene que hacer sus cosas”. A los cumpleaños solo podía ir si iba acompañada de la tía. °Y qué aburrido era entonces! Ni siquiera podía correr tranquila. Eso si, cuando era Navidad o Año Nuevo, por lo menos un ratito se iba a ver a su familia, con tía Ada, por supuesto. Ella le llevaba y enseguida volvían a la casa.

78

Pero qué gusto que daba ese ratito. Después ya no importaba no tener un lindo vestidito para esas ocasiones, sólo la misma ropita usada de siempre. Tampoco importaba que “no existan los Reyes”. Las dos muñecas negritas eran más que suficiente luego de haber estado aunque sea un momento en el lugar de tantos recuerdos agradables: la casa de “papá y mamá”.

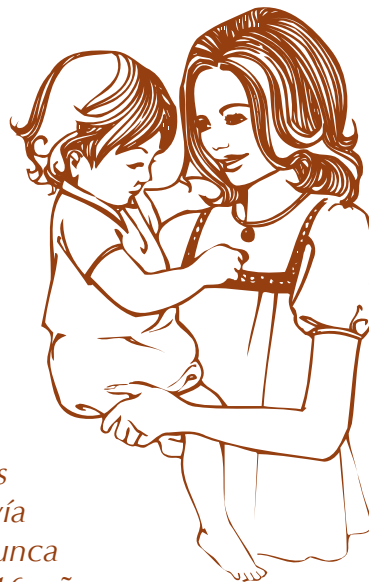


Afortunadamente, a pesar de los golpes, Rosa conserva todavía su espíritu de niña que le ayuda a que pequeños momentos felices le duren y recompensen. Como los días en que se enferma y la tía le manda con su familia para que la atiendan. Entonces, no importa lo mal que se sienta, saber que está en casa puede más que el dolor más grande o el peor malestar. °Y qué felicidad cuando su tía le dice “hoy cobra tu papá, andá pescáله para pedirle plata”! Con qué ganas Rosa corre hasta la ruta para ese encuentro tan especial y tan ansiado. Después vuelve cargada de monedas y algunos billetitos en el bolsillo que le sirven para su recreo, pero principalmente trae consigo la alegría indescriptible de haber estado con papá. Ella sabe que sería capaz de todo por repetir estos momentos, aunque sea ***solo por unos segundos.***



79

Hoy, la persona que en la ficción de esta historia es Rosa tiene ya 34 años. Aún intenta recuperarse de todo lo que le tocó en suerte vivir. Estuvo en la casa de su tía hasta los 15 años.



Después volvió junto a su familia porque su tía no quería “problemas con chiquilinas”. A pesar de que vivía con la hermana de su mamá nunca logró sentirse “en familia”. A los 16 años, tal vez por los golpes de la vida, tal vez por su inexperiencia, fue madre por primera vez. Hoy tiene ya cuatro hijos. Su precaria condición económica no le impide asegurar que no daría a ninguno de ellos como “criados o criadas”. Ella entendió, por experiencia propia, que esta situación que muchas veces es presentada como una solución a la condición económica de la familia, termina constituyéndose en una gran carga para el niño que pasa los días soñando con regresar al seno de su familia. En medio de toda su desdicha Rosa tuvo la suerte de recomponer su vida al lado de sus hijos, su marido y sobre todo, al lado de esa persona con la que tanto soñó tener cerca durante su infancia: su mamá.

80



RUDI TORGA - SARA SHUPMANN

yo fui
una criada

yo fui una criada

Benecio se llamaba el pueblito, jurisdicción de Juan León Mallorquín, allí pasé los mejores momentos de mi vida, aún recuerdo cosas de aquella época... Mi casa, rodeada de árboles, la chacra, los animales... el olor del cocido quemado humeando en la cocina, el rostro de mi madre. Ella siempre tenía cosas que hacer, mi hermana y yo creíamos que eso la hacía feliz; papá decía que la mujer debía estar en la casa, cocinar, limpiar, lavar, criar a los hijos... trabajar en la chacra. Mamá tal vez hubiera querido ser otra cosa, no lo sé.

Rosa y yo nos turnábamos con el trabajo, yo cebaba el mate y ella hacía el desayuno, una iba a la chacra y la otra se quedaba en la cocina, a mi me gustaba más ir a carpir que hacer las cosas de la casa, era divertido; nos levantábamos a las dos de la madrugada, me gustaba ver el amanecer entre los árboles y escuchar a los pajaritos, soñaba lejos...

82

Papá no estaba en casa, él iba a trabajar afuera; él no era de hablar mucho, creo que hubiera querido tener un hijo varón y ponerle de nombre Juan, así se llamaba mi abuelo.



Recuerdo que una vez habíamos ido a buscar a una de las vacas que estaba pastando cerca del arroyo, fuimos mi hermana, yo y unos amiguitos; mamá nos había dicho que no nos metiéramos al agua porque era peligroso, pero no le hicimos caso, todavía puedo escucharla...



Les dije luego que no se metan al agua, porombuepotita hina, neike pya`e tapeho pe cambia la pe nde ao hykuepáva. Peikuaa voi hina amombe`utaha pe nde rúpe. Pya`éke ne mitakuña`i rova`atá ha tapehopa pe nde rógape- ésa vez sí que recibimos un buen castigo, de pensar nomás me duele hasta hoy aquella paliza. Pero nos salimos con la nuestra...

La escuelita local sólo tenía hasta el 3º grado y yo quería continuar mis estudios, ese era un problema difícil de resolver. La mayoría no tenía posibilidad de viajar hasta otro pueblo, éramos gente pobre... Rosa se conformaba, yo no, pero no sabía qué hacer; así pasaba el tiempo y esperaba que algo pasara, algo.

Mamá sabía, porque Rosa se lo había contado, y creo que ella también quería que yo tuviera un mejor futuro. En un pueblito como Benecio no hay mucho por hacer, sólo envejecer bajo el sol...

El camino parecía interminable, ya quedaban atrás Benecio, los amigos, mi familia... Papá me acompañaba, casi ni hablábamos, sólo se oía el ruido del motor de aquel viejo 608.

Aún faltaban varios kilómetros por delante, campo y pueblos y más campo. Por vez primera salía de aquel lugar en donde había nacido. Llevaba un bolsón en donde cabían mis ropas, algunos recuerdos y sueños... muchos sueños.

Había sido decisión de mis padres que me fuera a vivir a casa de una familia conocida de mamá, para continuar la escuela; eso era lo mejor, sentía tanto entusiasmo y a la vez un poco de miedo. Gente extraña en un lugar extraño, sería como empezar una nueva vida... Miles de preguntas se agolpaban en mi mente en tanto la distancia se hacía más grande y el tiempo parecía diluirse en el color verde – oscuro del paisaje.

Hacía calor, eran como las tres de la tarde cuando llegábamos a Ka'arendy, mi destino. Allí me esperaba una mujer, Ña Graciela, la señora con quién viviría a partir de ese momento. Papá me habló entonces, fue la primera vez que sentí en su voz tanta ternura...



84

- Che rajy aníke rejeporta vai, nde niko reju reikohaguâ óga ahénope restudiáhaguâ escuelape, ko`â génte niko i bueno hina... Nde rerekota imembyicha... Nde sy niko oipota ndeve guarâ un futuro mejor ha che avei... Rohechaga`úta che rajy...-

Pude ver en sus ojos asomarse las lágrimas, papá nunca había llorado, decía que los hombres son más fuertes. Yo también quería llorar...



Llegó el momento, Doña Graciela me estaba esperando, caminamos muy lentamente hacia ella como si quisiéramos postergar un poco más la despedida.

- Seguro que vos sos Vicenta, te pareces mucho a tu mamá... Don Ignacio, no se preocupe, la vamos a cuidar. Vicenta será una hija más para nosotros.

Papá le habló de mi hermana Rosa, le dijo que ella ya tenía 15 años y que se quedaba con mamá para ayudarla en la casa le contó muchas cosas de Benecio, de cómo era difícil la vida allá... La señora parecía muy buena, era muy amable. La miraba y no podía creer que estuviera sucediendo, me temblaban las manos y creo que ella se daba cuenta, por eso me había dicho que mañana me iba a sentir mejor.

85

Papá se marchó, me quedé mirando como se alejaba, mientras Doña Graciela me decía cosas que yo no escuchaba...

La casa era grande, blanca, con ventanas de vidrio, tenía muchas ventanas... Nunca había visto tantas casas juntas, eran todas iguales, blancas y con jardines florecidos, casas de gente que yo no conocía.

- Vicenta, Vicenta... a vos te hablo mi hija, vení que el Señor te quiere conocer; él es muy bueno así que tenés que respetarle.

Ella me hablaba y yo solo miraba a mi alrededor , muebles, cuadros... Me gustaban los colores, eran los mismos colores del campo al amanecer...

- Roberto, ella es la nena que va a vivir con nosotros, la hija de Teófila... Vicenta, bajá tu bolsón ahí y saludale al señor- Él tenía cara de bueno y sonreía, eso me hacía sentir mejor.

- Buenas señor - fue todo lo que pude decir; el corazón se me salía del pecho como un pájaro. Todo era tan nuevo, tan diferente...

Tenía mi propio dormitorio, mi ropero, mi cama... Quería contárselo a Rosa, le hubiera gustado venir. Aquel primer

yo fui una criada



día llegaba a su fin, la noche empezaba y yo me sentía tan cansada... Al despertar creí que aún estaba en Benecio, pero la voz de la señora me sacó del sopor.

Eran las cinco de la mañana, había que preparar el almuerzo para Don Roberto, él trabajaba fuera de la casa.

- Croquetas - me dijo, yo no sabía qué eran las croquetas. Tuvo que enseñarme a prepararlas.

Para mí era fácil, desde chica mamá me educó para ser “una mujer”, sabía hacer todas las cosas de la casa. Era muy guapa.

Había transcurrido una semana, ya sabía como preparar las famosas croquetas, milanesa, ensaladas; comidas tan distintas a las que se hacían en casa... Incluso ya sabía como cambiar pañales, Doña Graciela tenía un hijito de tres años que estaba enfermo y otra nena de cinco. Yo debía ser su otra mamá.



El que nunca estaba era el señor, venía ya entrada la noche y cenaba con su esposa, después se iban a dormir.

Solía traerme caramelos, de esos con sabor a frutilla y los dejaba en la cocina para que yo los encuentre.

87

En quince días más empezarán las clases, la escuela quedaba como a un kilómetro de la casa, era grande y tenía muchas aulas; no como mi escolita.

Mi escolita... ¿Cómo estarán todos? ¿Papá, mamá, Rosa...? ¿Será que siguen yendo al arroyo a escondidas? Seguro...

No sabía nada de ellos, pronto vendría papá a traerme los útiles para la escuela. Quería que los días pasaran volando...

- Vicenta...°dejá de soñar despierta! Ya es tarde y hay mucha ropa para lavar, cuidado con el jabón que cuesta caro...°Apúrate que sino vas a ligar para despertarte de una vez!

Lavar la ropa... nunca lo había hecho. Mamá decía que era chica todavía y eso le tocaba a mi hermana. Me dolían los dedos, los brazos y aún faltaban las sábanas y las toallas...

- Vicenta... el nene se despertó, cambiale y dale su biberón, dale pues, °No escuchas que está llorando! Cada día sos más estúpida, nde tavy voi niko, ¿me oiste...? Hacé de una vez lo que te digo.

yo fui una criada



Eran casi las siete y otra vez llegaría tarde a la escuela, ni siquiera pude hacer mis deberes, ya no tenía tiempo para estudiar... La escuela se había convertido en una excusa para trabajar de sirvienta sin sueldo y sin domingos.

Todo era diferente a como había creído.

A veces lloraba por las noches, pues ya no soportaba los malos tratos de la señora. Ella siempre me exigía más y más, más rápido y mejor... Sino me amenazaba con que le diría a mi papá que yo era desobediente y malagradecida...

Y eso no era cierto. Lo que sucedía era que la señora se creía demasiado patrona y tenía poco sentimiento humano.

El día que papá vino, la señora parecía otra. Me regaló un vestido para que me lo ponga y me dijo que él se alegraría de verme tan bien, tan contenta. Yo no quería defraudarlo, no quería que papá se sintiese mal por mi culpa.



Ya me había comprado los cuadernos y esperaba que yo pudiera terminar la primaria. Sólo me faltaban dos años... por eso no le dije nada para que se fuera tranquilo. Esa noche lloré como nunca...

89



Así transcurrieron los meses y mi vida se había vuelto un calvario difícil de sobrellevar... limpiar, lavar, cocinar, cambiar pañales. Era demasiado trabajo para alguien de mi edad, me sentía agotada...ya superaba mis fuerzas.

El estudio era un lujo que yo no poseía...

Cumplía trece años y no tenía amigos ni juegos, sólo tenía frente a mí un gran canasto de ropas sucias que fregar, cosa de todos los días.

Rosa, mi hermana mayor, paseaba por el campo y juntaba flores mientras yo recogía hojas secas del patio trasero de una casa ajena... ¿tan ajena como mi propia vida!

Mi vida...¿Era eso lo mejor?

90

Entonces yo sólo quería volver a mi casa, a mi pueblito, a mi gente...

Fueron nueve meses en que me sentí huérfana... la soledad era tanta que hubiera querido volverme mariposa y escapar volando sin que nadie me viera. Nueve largos meses que son como ayer en mi memoria, a veces trato de creer que fue tan solo un sueño, un mal sueño del que finalmente desperté.

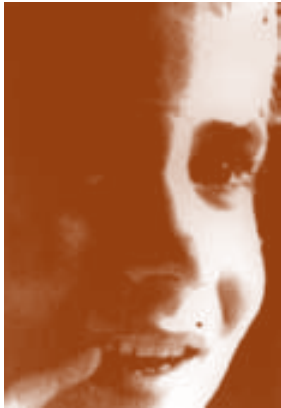
Habían terminado las clases y papá vino a buscarme para ir a casa por un par de semanas.

Doña Graciela nos despidió con algunos regalos para mamá (Ropas que seguramente ya no usaba...)

- Vicenta, te vamos a extrañar...- dijo mientras salíamos
- Ojalá que vuelvas pronto, ya sos como una hija para mí.-

Papá le agradeció todo lo que había hecho por mí y le dijo que volvería después de las fiestas.

Yo sólo quería subir al camión y recorrer nuevamente el camino que me devolvería a mi hogar, del que partí llena de sueños e ilusiones y al que ahora estoy regresando sin haber aprendido otra cosa que no sea el abuso de un extraño. Traía un gran cansancio en el cuerpo y en el alma. Guardé silencio durante el viaje, como si quisiera encontrar otra vez la paz dentro de mi ser.



Papá parecía comprender...

Las primeras casitas de madera saltaban a mi vista, todo volvía a ser mío y yo volvía a ser parte de todo...

Al fin llegaba. ¡El olor del cocido quemado inundaba la casa, mi casa! Mamá me esperaba llena de preguntas y mi hermana no podía aguardar a que le cuente como era todo allá tan lejos. Dejé todo eso para más adelante, le contaría después...



Tenía tantas ganas de recorrer por aquellos lugares que conocía, todo seguía siendo igual en Benecio.

Yo era la única que había cambiado.

Al año siguiente volvía a marcharme. Así lo había decidido, esta vez a otra ciudad, otra casa, otra familia... Allí terminé la primaria.

Luego volví a casa y ya no quise dejar mi valle... Aún cuando había hallado gente que me quería, que me respetaba más...

92

He sido criada de gente extraña, me han maltratado física y moralmente. La paga por mi trabajo eran la comida, el techo y la oportunidad de asistir a una escuela.

Aún me duele a pesar de los años la injusticia de la que hemos sido víctimas tantas niñas campesinas iguales a mí. Hay tantas historias parecidas, niños y niñas explotados por adultos insensibles y egoístas, sin proximidad.

yo fui una criada

conclusión

A modo de reflexión

Al finalizar este trabajo se confirman las consideraciones e impresiones que al inicio de la misma teníamos.

Se observan en estas historias como aspectos negativos el alejamiento de la familia de origen, de los parientes y amigos, las largas y no remuneradas jornadas de trabajo, condiciones de trabajo al arbitrio de sus patrones, trabajos que superan sus capacidades, violencia de género y violencia sexual, pérdida de autoestima, dificultades para la escolarización, falta de apoyo afectivo, exposición a permanentes estado de vulnerabilidad, falta de información que les sirva de protección, aislamiento social, ausencia de descanso y de recreación. Como aspectos positivos, algunas de las personas entrevistadas señalan haber accedido a una educación que les permite hoy una mejor vida. Esto es facilitado, cuando las familias que les acogen les dan un trato respetuoso, permiten el contacto con sus familiares y les proporcionan estímulo y apoyo para estudiar.

Considerando que el criadazgo en el Paraguay pasa no solamente por una situación de pobreza sino que tiene un fuerte componente cultural, se puede afirmar que el trabajo

doméstico que realizan los/as criados/as, no se considera como tal; sino como una compensación por los “favores recibidos”: comida, techo y educación; y que las niñas son las más expuestas a ser cedidas como criadas.

El motivo que lleva a entregar a las niñas al criadazgo sigue siendo la pobreza, aunque se revela que la misma no es determinante. Se suma a ella, como factores que favorecen el desarraigo, la necesidad de proteger a la niña de algún tipo de abuso, aquel que se da por el acoso sexual, en muchos casos, de padrastros; el maltrato físico; la dificultad de acceso a la escuela; la posibilidad de contactar con la realidad urbana supervalorada, contrapuesta a la subvaloración de las costumbres campesinas; y el peso de la manutención y el cuidado de una familia numerosa.

94

Otro elemento característico de los criados es la concepción del niño como “objeto” por parte de los adultos, que se manifiesta en la falta de interés en cuanto a su opinión y a la imposibilidad de decidir por ellos mismos.

El desprendimiento de la familia nuclear, el escaso o eventualmente nulo contacto con ellos, lleva a un proceso de pérdida de identidad, ya que en su nueva situación no



se dan oportunidades de hacerlos sentir como parte de la familia y del barrio, pues se encuentran en una categoría ambigua: no son trabajadores, no son de la familia, son criados.

Aunque la demanda, generalmente, no parta de la familia encargada, ésta se siente con derecho de disponer en todo sentido de sus criados y criadas.

La soledad, la añoranza, la discriminación sociocultural, el no poder decidir sobre cuestiones simples (como ir a visitar a su familia), no sentirse acogida como parte de la nueva familia, ni ser parte de aquella que se ha dejado, generan sentimientos encontrados y marcan huellas profundas en la personalidad y en la actitud ante la vida de los que alguna vez, fueron criados o criadas.

El criadazgo asume en su figura y en su práctica, transgresiones a elementales derechos de los/as niños/as y adolescentes, estipulados en nuestro país, en el Código

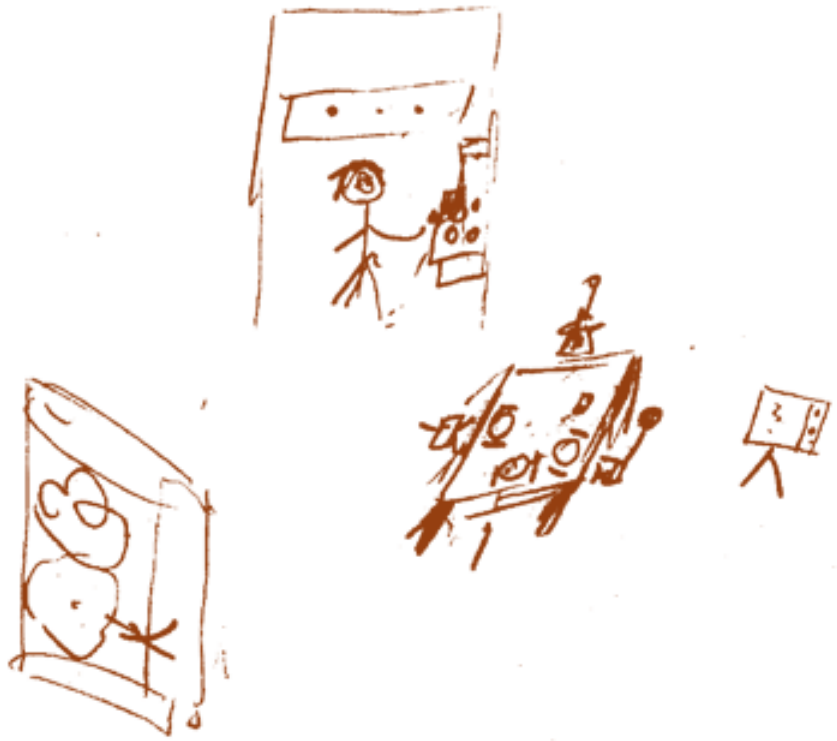
de la Niñez y Adolescencia (ley 1680), en la Constitución Nacional y universalmente en la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño/a y Adolescente (Ley N° 57/90) y los Convenios de la OIT 182 y 138 sobre las peores formas de trabajo infantil y la edad mínima de admisión al empleo, ratificados por nuestro país.

Entre otros, los siguientes derechos:

- a crecer con su familia.
- a la protección contra malos tratos;
- a la protección contra todo tipo de explotación;
- a la protección contra toda discriminación;
- a la educación;
- a la salud;
- a la protección contra la privación arbitraria de su libertad;
- al descanso, recreación y el juego.

Ya existen en nuestro país las normativas y las instituciones correspondientes creadas para proteger a niños y niñas ante situaciones familiares difíciles, y existe la obligación del Estado y de la sociedad de garantizarles el ejercicio de los derechos básicos más elementales.

96



Cuando, por algún motivo grave, precisan ser apartados de sus familias, se los/as ubica transitoriamente en otra familia, mientras dura el motivo que los desestructura. Se intenta, con prioridad, ubicarlos en la propia familia nuclear o en familias cercanas a la comunidad, de manera a garantizar el contacto con hermanos y parientes, compañeros de escuela, amigos. Se busca no desarraigar, no romper vínculos, atender las necesidades del niño/a en primer lugar de manera integral. De esta manera se los protege no sólo de victimizarlos más con el desarraigo sino de que sea su desgracia aprovechada para lucrar con su pequeña fuerza de trabajo. En caso de imposibilidad de reinserción familiar, el Estado debe asumir la responsabilidad de buscar una familia de adopción.

La diferencia entre una familia acogedora y una familia patrona es muy grande. La primera reconoce su rol transitorio y la necesidad de que los/as hijos/as crezcan con sus padres. La criatura acogida no debe pagar el pan , el techo y educación con su trabajo como contraservicio, sí debe realizar las tareas domésticas habituales de cualquier hijo o hija desde una perspectiva educativa. Los/as niños/as son entregadas a estas familias por una acción judicial, es decir, una autoridad competente interviene en la entrega del niño/a y es responsable del seguimiento de su situación.

Algunos caminos

Desde este breve pero profundo buceo en la experiencia de las personas que han pasado por la institución del criadazgo, se plantean respuestas en relación a la necesidad de abordarla desde una perspectiva holística e integral; con propuestas que implican generación de políticas y programas sociales específicos, a fin de generar redes de protección para los niños y niñas criados, involucrando a la comunidad en este tema, así como a los organismos administrativos del área (CODENI).

Es ingenuo pensar que esta situación acabará de un día para otro. Pero el cambio debemos iniciarlo hoy. Varios caminos deben ser transitados para terminar con el criadazgo:

- a) El Estado con sus políticas sociales básicas debe priorizar con urgencia la cobertura de educación y salud en todos los rincones del país.
- b) La entrega de niños/as y adolescentes como criados/as a familias ajenas debe desalentarse divulgando las condiciones dañinas en que se desenvuelven como criados/as y la manera como éstas afectan su desarrollo como personas.

- c) Explicar a los padres que el inmenso sacrificio de sus hijos no compensa el supuesto beneficio buscado. Ayudarles a encontrar soluciones en sus propias comunidades, en sus reclamos por más escuelas o grados superiores, mejores servicios de salud y apoyar a las familias para que puedan cumplir su rol parental.
- d) Buscar siempre que las familias alternativas sean utilizadas sólo como último recurso, comenzando por familiares más cercanos, familias amigas de la comunidad, evitando lo más posible el desarraigo.
- e) Transitar del criadazgo al sistema de familias acogedoras cuando es inevitable ubicar a un niño/a en otra familia; remarcar la transitoriedad de la medida y trabajar por una solución permanente lo más cercana a su realidad.. Contribuir para que la medida de alejamiento de los/as niños/as de sus familias dure el menor tiempo posible.
- f) Trabajar con las familias patronas y orientarles hacia el rol de familias acogedoras, guiándolas sobre las necesidades (derechos) de los/as niños/as y sobre sus responsabilidades ante la crianza de hijos/as de terceros; que esta crianza se realice bajo control y autorización de las autoridades competentes: juzgado, fiscalía y defensoría de la niñez

100



y la adolescencia, pudiendo contar con el apoyo y el acompañamiento del servicio CODENI de la Municipalidad del lugar.

- g) Favorecer toda posibilidad de contacto de los niños y niñas con sus padres y hermanos. Esta tarea puede realizar tanto la familia acogedora como cualquier persona de la comunidad, parroquia, organización vecinal. La mayor coalición posible será la más eficiente.

Por último, no debemos olvidar las raíces culturales y económicas de este fenómeno, que exigen una profunda reflexión y su posterior relación con una política de reforma agraria y la inversión social en los sectores rurales.

El primer paso está dado, el fenómeno está expuesto, nos interpela, nos urge, y sentimos una fuerza biológica humana que nos impulsa desde siempre: el compromiso y la solidaridad con Juana, Antonia, Vicenta, Ernesto, Irma, Rosa... en nombre de todos los criados y criadas que hoy están en **“Momyry Che Tapyigui”**.

Encontrarán los/as lectores/as en esta publicación una postal que les permitirá divulgar esta situación exponiéndola en un lugar visible.

101



© *GLOBAL Infancia* - 2012
Save The Children - UK
Asunción, Octubre de 2012



**GLOBAL ...
INFANCIA**

DE LA ASOCIACIÓN
GLOBAL



A.C.D.I.



Fondos de Igualdad
de Géneros



Save the Children - UK.

